

FELICIA Y EL CABALLO DE LA NAVIDAD

Era una Navidad nevada e iba yo entre los árboles con mi abrigo peludo. Para esta Navidad no había pedido nada pero si que deseaba, como siempre, un caballo. Yo sabía que no podía pero mis sueños volaban como los días hacia Navidad.

Esta Navidad iba a ser muy especial pero no solo por el covid si no por otra cosa que ni podía imaginar. Y de repente, camuflado entre la nieve vi un caballo blanco como los copos que caían del cielo. Tenía una melena roja como las bolas de Navidad que había en el árbol de casa. Cuando me vió, se alzó a dos patas y desapareció dejando caer varios copos de nieve de color verde y rojo con un toque brillante.

Yo estaba asombrada pero a la vez pensé: “Felicía vas a domarlo, búscalo”. Salí corriendo como nunca había corrido. Llegué a casa sin aliento, cogí un vaso de agua, mi cuaderno y subí a mi habitación donde me senté, abrí el libro y empecé a dibujar a esa yegua.

Cuando terminé, por detrás le añadí una breve descripción. Bajé corriendo y le dije a mis padres: “Mirad el caballo que he visto suelto en el bosque” Se rieron y me dijeron que dibujaba muy bien y que tenía mucha imaginación. No me eché a llorar pero sentí un dolor terrible en el pecho.

Cogí mi abrigo, mi mascarilla y salí hacia casa de la abuela. Toqué con suavidad la puerta y cuando abrió me eché en sus brazos con los ojos húmedos. Me dijo que pasara y nos sentamos en la chimenea, antes de que pudiera articular palabra ella me dijo: “No digas nada ya sé porqué has venido”. Se levantó y fue hacia la estantería, se me acercó, me dió una manta y un libro. Yo me sorprendí porque no había nada escrito en aquel libro.

Las llamas del fuego ardían reflejadas en sus ojos. Mi abuela dijo: “Felicía comprendo que estás extrañada porque está en blanco. Cuando vayas a ese bosque, y yo sé que tu sabes a cual me refiero, se verá todo. Tu solo léelo y entenderás todo”

Yo, exhausta pero curiosa decidí ir al día siguiente con la luz mañanera. Y así fue, a las 9 salí hacia el bosque con el libro. Llegué, me senté en la nieve y lo abrí.

Lo primero que vi fue a la yegua dibujada. En la siguiente página ponía:

“Si la Navidad quieres salvar, al caballo has de domar.”

Alcé la cabeza y allí estaba mi yegua soñada. Dejé el libro en la nieve y me levanté poco a poco. Fui a sacar la manzana y se retiró hacia atrás con un relincho. Yo había observado a muchos caballos salvajes y sabía lo que había que hacer: extendí la mano para darle la manzana y tranquilizarla. Ella se acercó y se comió la manzana. Unos segundos más tarde me dejó acariciarla.

“Te llamaré Cris”, le dije.

Varios días después de haber estado acercándome a Cris con mucha paciencia, ya la podía montar. Entonces, cabalgando por el bosque, sintiendo solo el galope de la yegua y con la mente en blanco, me vino una visión: La Navidad se camuflaba en Cris y necesitaba ayuda. ¡El covid la perseguía para matarla! Y dije en alto: “¡Lo derrotaremos y te salvaré! Ella dio un relincho pero esta vez, parecía feliz.

Nos estuvimos preparando durante meses. Le hice una preciosa montura con cúmulos de estrellas que encontramos caídos por el bosque, también le hice unas riendas con rayos de luz de luna. Pero llegó un día que no fue nada feliz, el covid venía con una de sus armas más poderosas: la Mata-Navidades. Afortunadamente, nosotras también llevábamos armas muy efectivas: la espada de rayos, las armaduras de galaxia y el brazalete de Navidad.

De repente, la guerra empezó y el covid la máquina encendió. Salían bolas malignas negras con ojos verdes. La espada se partió, la armadura quedó oscurecida por las bolas. El bicho iba ganando, así que no nos quedó otra solución que usar el brazalete de Navidad. Emitió una luz tan fuerte que eso terminó con el Covid y su horrible máquina, pero también debilitó mucho a Cris.

Yo estaba muy asustada y no sabía qué hacer. ¡No podía morir Cris! ¡No podía desaparecer la Navidad! Abrazada a la yegua, en medio del bosque sentí una soledad completa.

En ese momento apareció la abuela y vino corriendo hacia nosotras. Cogió a Cris que estaba tumbada en el suelo y me dijo: “La puedo salvar pero se volverá a convertir en un espíritu navideño”

Yo muy triste le supliqué: “Sálvala”

Cuando se desvanecía, ya convertida en pura luz, Cris me dijo una cosa que no me esperaba:

“En cuanto me cambien por otro espíritu volveré a verte”

Siete años después de estos sucesos, en la casa de Felicia, en Navidad sus padres tenían un regalo muy especial. Era un potro blanco en degradado de negro y en cuanto Felicia bajó las escaleras y asimiló todo le susurro al potro:

“Te llamaré Cris y estaré contigo por siempre”